

EL PAPEL DEL BIBLIOTECÓLOGO EN LA SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN Y EN LA DEFINICIÓN DE POLÍTICAS NACIONALES DE INFORMACIÓN

Profesor Luis Milanesi ¹

Transcripción y traducción

Una observación inicial: en mi país no se dice bibliotecólogo se dice bibliotecario, y en algunos momentos cuando me presentan con un poco de solemnidad me dicen bibliotecologista o biblioteconomista, nunca bibliotecólogo.

Comenzaría por traer algunos elementos que hoy me llaman a reflexión, por el motivo de que nunca o casi nunca participen los bibliotecarios en la definición de políticas nacionales.

Yo me recibí en biblioteconomía y documentación en 1972 y éramos un grupo muy irreverente, nuestro grito de guerra era: "la biblioteca para los bibliotecarios".

Era realmente una provocación que nosotros realizábamos, porque durante los cuatro años de estudio creímos que habíamos dado esta posición, que estábamos construyendo bibliotecas para nosotros mismos, y no para las personas y la sociedad. Eso siempre fue una preocupación durante toda mi carrera: que somos un instrumento de algo, no somos algo en sí, pero algo para algo y si no entendemos esto no hay forma de que nos integremos y seamos reconocidos por la sociedad.

Entonces yo me doy cuenta que por lo menos en Brasil, tuvimos por algunas décadas, a partir del inicio del siglo XX hasta la institución del curso de biblioteconomía en la Universidad de San Pablo, un currículo esencialmente técnico. A veces incluíamos nuevas disciplinas que nosotros llamábamos humanísticas. No sé el motivo de esa inclusión porque no existía ninguna relación entre la humanidad de aquellas disciplinas y las disciplinas técnicas. Parecía apenas un momento en que ponían un poquito de sabiduría, de humanidad para atenuar la aridez de las técnicas. Pero no había relación entre las humanidades y estas técnicas. Entonces en esa perspectiva terminamos creyendo que de hecho la biblioteconomía era un eje, un grupo de conocimientos técnicos que nos habilitaban para hacer algo.

Cuando yo me recibí enseguida fui invitado por la dirección de la facultad para dar clases en la Escuela de Comunicaciones y Artes, en el curso de Biblioteconomía y Documentación. Sin embargo no fui invitado por bibliotecarios y de hecho durante muchos años permaneció latente, presente en mi reflexión: los bibliotecarios no me habían invitado, con seguridad, porque yo no había sido un buen alumno, aquel que conoce las normas y está capacitado para dominar todos los códigos.

Opté por biblioteconomía por un motivo muy sencillo. En mi pequeña ciudad en los años 70 teníamos algunos problemas sociales emergentes, que estaban apareciendo en aquel momento en el interior del Estado de San Pablo. Entonces nosotros, adolescentes, visitamos los suburbios de nuestra pequeña ciudad. Vimos casas muy pobres y familias en pésimas condiciones. Para nosotros que éramos también pobres, mas no tanto, aquello era un hecho nuevo y que nos asustaba.

Y nos preguntábamos porqué, porqué ocurre esto, porqué esta miseria. Preocupación de adolescentes que, infelizmente, tiende a desaparecer en la edad adulta. Y llegamos a una conclusión bien clara: para responder a tantas preguntas necesitábamos estudiar, investigar. A partir de aquel momento juntamos algunos recursos y compramos algunos libros, exactamente 40 libros. Nuestro objetivo era: cada uno leía un libro y se lo contaba a los demás, para poder entender aquella situación social, la ciudad, su organización política, e inclusive, entendernos a nosotros mismos dentro de aquella situación social.

Esos 40 libros atrajeron a otras personas y resolvimos hacer una biblioteca, y en poco tiempo tuvimos más libros y más lectores y un día teníamos más lectores que libros. Y por primera y última vez en mi vida entre en una biblioteca y no vi ningún libro en las estanterías, porque todos estaban prestados.

Eso me motivó mucho para la biblioteconomía y a partir de aquel momento fui a cursar Biblioteconomía, recién instituida, en la Universidad de San Pablo.

En ese momento me llevé una sorpresa: en mi pequeña ciudad, en nuestra pequeña biblioteca, nosotros usábamos un manual práctico de cómo organizar una biblioteca, muy resumido, muy simple. Con él pudimos organizar correctamente el acervo y los servicios. La biblioteca funcionaba perfectamente para nuestras condiciones.

Cuando llegué a la Universidad de San Pablo descubrí que el curso de Biblioteconomía era igual a aquel libro... ampliado para 4 años. Me dio pánico. Ya conocía la técnica y si quería saber más bastaba consultar otros manuales que responderían a demandas técnicas más complejas. Para organizar los libros en los estantes había leído una breve introducción a la Clasificación Decimal Dewey. Rápidamente descubrí cómo funcionaba. Entretanto pasé 2 años, aburrido, estudiando Dewey, y me cuestionaba porqué. Pero es obvio,

que el problema de la clasificación no es conocer el mecanismo de la tablilla, sino saber identificar el tema. Eso no se aprendía en la escuela, no teníamos una formación cultural para volver útil el Dewey.

Entonces me recibí, sabiendo que había obtenido poco para convertirme en un profesional competente y útil. Y fui invitado, no por mis profesores, sino por el director de la unidad para ser auxiliar de enseñanza en un curso que poco me había dado. No había ninguna disciplina para que yo pudiera trabajar. Entonces inventé una que se llamaba Biblioteca y Sociedad, que hoy es currículo mínimo. Hasta aquel momento no se estudiaba Biblioteca y Sociedad. Esa conjunción "y" que es lo que hace la diferencia, porque se estudiaba un poquito de sociedad y mucho de biblioteca. Lo que resultó de juntar biblioteca y sociedad permitió iniciar un nuevo trabajo con amplias perspectivas, porque se tocaban temas relevantes para la colectividad y para el profesional. Fue un inicio confuso, vacilante, imprevisible, pero dimos los primeros pasos para ver la bibliotecología más allá de un simple acervo técnico.

Hice la maestría, el Doctorado, soy docente titular. Si no hubiese existido esa pequeña biblioteca en mi ciudad, si como alumno hubiera sido prudente, si como profesor no me hubiera dado cuenta claramente de lo que debía enseñar, tal vez no hubiera seguido la carrera universitaria. Es por eso que digo siempre que me parece mejor no pensar mucho y cambiar, porque si pensamos mucho no cambiamos.

Soy un hombre de universidad, pero no puedo sacar mis ojos de la sociedad. Entonces como tal hago un movimiento pendular entre la teoría y la práctica. Llevo adelante algunos proyectos, en que de hecho estamos intentando crear alguna cosa concreta. Cuando salen bien quedamos contentos y cuando nos equivocamos voy a la universidad para investigar, pensar, reflexionar porqué nos equivocamos. Entonces ese movimiento pendular entre teoría y práctica es fundamental para el trabajo que desarrollamos. Dije que cuando me equivoco pienso, y diría inclusive que sólo pienso cuando sufro. Yo creo que todo pensamiento está centrado en esa disconformidad. Cuando creemos que nuestras actividades son exitosas, nos alegramos y seguimos la rutina y no pensamos. La revolución, o por lo menos la revisión, surge de la constatación del error. Sólo una visión inconformista es capaz de producir reflexión y nuevas acciones.

Cuando recibo a mis pasantes, el primer elemento que les presento es mi mayor carpeta de documentos, cuyo título es "Proyectos Fracasados".

Y digo siempre a los más jóvenes: corremos el riesgo de fracasar en nuestro proyecto, sin embargo eso significa que estamos haciendo, lo peor es no hacer, entonces la osadía en el hacer me parece absolutamente necesaria en una profesión frágil como la nuestra. Tal vez no somos más fuertes porque no nos atrevemos.

Por más que no queramos identificarnos como técnicos somos vistos por la sociedad como técnicos y como tales podríamos, simplemente, aplicar nuestras técnicas a cualquier situación.

Hoy me parece muy claro, que resulta imposible, que un único profesional pueda atender diversas situaciones. Hace décadas que estamos formando un único profesional para atender situaciones del tipo más diverso. ¿Cómo es posible formar un profesional que va a trabajar con niños y en la misma sala los profesionales que van a trabajar con un biotecnólogo? Son campos totalmente diferentes, absolutamente diferentes. Y a veces este conflicto ocurre en la clase, y ahí viene la gran duda: nosotros ¿vamos a formar un profesional generalista para atender cualquier tipo de situación o vamos a formar profesionales diferenciados para atender públicos diferentes? Si los públicos son distintos –y lo son- la formación deberá también serlo.

Veo hoy 3 grandes campos de actuación del bibliotecario.

El primero es información para la educación. En Brasil, el bibliotecario que va a trabajar en las escuelas básicas, primarias, no está valorizado y hay una falacia grave ahí. No es valorizado porque en términos técnicos no hay una gran exigencia, pero una vez más caemos en aquella situación tan común: siempre somos técnicos y no intermediarios entre el público y la información. Organizar una biblioteca para niños es una tarea muy simple, pero crear un ambiente para niños donde ellos puedan sentirse estimulados a la lectura ya no es tan fácil.

En el campo de las bibliotecas escolares no hay valorización profesional, porque se cree que basta mantener los libros y los niños en orden. Por eso tenemos, cuando tenemos, los bibliotecarios con los sueldos más bajos, justamente los que trabajan con la educación básica, la base del desarrollo de cualquier sociedad. Este profesional tampoco encuentra espacio dentro de los programas de gobierno. Y muchas veces creemos que es posible que exista educación sin acceso a la información, sin lectura.

De un modo general, nuestra educación aún se hace fundamentada en la idea del magister dixi: el profesor habla, y el habla del profesor es lo que tiene mayor sentido, ni la investigación ni la lectura. En esos casos, que es lo más común, el bibliotecario que actúa en escuelas tiene un papel muy pequeño.

En Brasil, en lugar de formar profesores bibliotecarios o bibliotecarios profesores colocan profesores no preparados para ejecutar la tarea del bibliotecario. Casi siempre son ubicados en las bibliotecas escolares los

maestros que están apartados de la clase, porque están con problemas de salud, inclusive emocional, muy nerviosos para trabajar con niños. Esos maestros se los separa de la clase y se los manda a biblioteca, y van a seguir teniendo crisis nerviosas, porque en las bibliotecas escolares antes que trabajar solitariamente con libros, se trabaja con niños. Y así seguimos teniendo una educación sin bibliotecas y sin lectura.

Yo fui denunciado dos veces a Comisión de Ética del Consejo de Biblioteconomía, la primera vez por un motivo muy prosaico, inclusive cómico que ni siquiera voy a decir aquí. La segunda vez porque propuse que los maestros con la licenciatura más 2 años pudiesen recibir el título de maestro-bibliotecario. 4 años aprendiendo a trabajar con los niños y 2 años aprendiendo a trabajar en biblioteca, 6 años en total. Esa propuesta fue vista como perjudicial para la categoría de los bibliotecarios... aunque fuese beneficiosa para el país.

Un profesional que va a actuar en bibliotecas para niños y adolescentes necesita conocer menos Dewey, y más Piaget. Si no conozco a los niños, si no conozco a los adolescentes, ¿qué trabajo bibliotecario voy a hacer?. A no ser que yo sea este técnico que se cierra al mundo, se cierra a todas las cosas vivas y se concentra solamente en sus técnicas organizativas. Ahí yo creo que hay un error histórico de la profesión, que perdió de vista al público para concentrarse en las normas de organización. Inclusive la valorización profesional ocurre en función de la complejidad técnica. Este es el motivo de la desvalorización de los bibliotecarios que actúan en bibliotecas escolares y públicas: cualquiera puede sustituirlos... La información en el proceso educativo es desvalorizada en el mercado de trabajo y eso pasa a ser criterio para desvalorizarla en los cursos de biblioteconomía.

En una institución universitaria pública, antes de existir un compromiso con el mercado de trabajo debe existir compromiso con las necesidades del medio, tenga o no demandas de mercado. Si la universidad es pública se tiene el deber de crear nuevos mercados. Si no hay mercado para profesionales que van a actuar en las bibliotecas de escuela, creémoslo, actuando para que sea valorizado, porque si nosotros atendemos solamente a lo que existe en el mercado, efectivamente no estaremos colaborando para superar nuestras condiciones y límites.

Como vimos el primer campo de actividad es información para la educación.

El segundo segmento, mucho más complejo, mucho más difícil y también muy desvalorizado es la información pública. Es un área mucho más difícil, no en términos técnicos, porque en una biblioteca pública no hay grandes desafíos técnicos. Cualquier persona puede con un poco de entrenamiento tener un buen desempeño, pero hay un desafío gigante, porque trabajar con la información pública es trabajar directamente con el público, sus necesidades. Y el público es sumamente heterogéneo.

En Brasil hay un gran problema: la biblioteca pública funciona como biblioteca escolar porque no existe biblioteca en las escuelas. Insisto siempre en decir: son instituciones diferentes, con objetivos diferentes. La biblioteca escolar debe estar integrada a un programa de educación y la biblioteca pública debe estar volcada hacia una vida en sociedad, colaborando para su desarrollo. La formación de profesionales competentes no es prioritaria en los cursos de bibliotecología.

El tercer gran segmento es información para especialistas. Yo no la llamaría información especializada porque todas lo son. En este campo actúan los profesionales que van a trabajar con determinadas categorías profesionales. Por ejemplo el profesional que va a actuar en las corporaciones, al lado de administradores de empresas, en bibliotecas de música o con botánicos y sus herbarios. Como se trata de un público de especialistas, esa área exige del profesional de la información un conocimiento del área.

Quien va a actuar, por ejemplo, con información corporativa, con objetivo empresarial evidentemente tiene que tener una formación de Administración Empresarial básica, porque sino difícilmente va a conseguir ser un buen profesional dentro de las corporaciones.

Entonces esos son los tres grandes campos. Y ustedes tal vez se pregunten dónde está la biblioteca universitaria. Ella toma elementos de diversos campos, sobre todo del área especializada.

A pesar de no preocuparnos con las especificidades de estos tres campos y formar un bibliotecario único, podemos percibir en ellos, y en cada acción del bibliotecario, algunas situaciones básicas. Por ejemplo, dentro de la acción del profesional existen dos posibilidades con relación al público: la primera crear demanda, la segunda: atender a la demanda.

El profesional bibliotecario tradicional busca esencialmente atender a la demanda, nunca crearla. Esto es algo muy particular, peculiar de nuestra profesión. Todos los demás profesionales trabajan con creación de demanda, es decir buscan ampliar su público. Los bibliotecarios generalmente no. Abren su tienda y esperan que lleguen los clientes. Y parece que poco se preocupan, siempre y cuando su biblioteca esté perfectamente organizada.

Vuelvo a mencionar la primera experiencia con biblioteca cuando era muy joven: aquella biblioteca de 40 libros que fue creada, mantenida y ampliada con mucho entusiasmo se transformó en la biblioteca pública

de la pequeña ciudad. Y cuando llegó el momento de dejar la ciudad para entrar en la universidad, donamos la biblioteca al Municipio. Y se creó la biblioteca municipal. Fue creada por ley, y en aquel momento todo nuestro entusiasmo juvenil fue sustituido por el trabajo no muy entusiasta de los funcionarios públicos. Y como siempre ocurre cuando hay que mandar a alguien a la biblioteca, en términos de recursos humanos, mandan aquel personal que no tiene nivel adecuado, o personas que pasan de una sección a otra sin que puedan ser aprovechadas, y al final caen en la biblioteca...

Aún cuando en una biblioteca trabajan bibliotecarios, la operación más compleja y delicada, que es la atención del público, raramente es ejecutada por ellos sino por el personal menos capacitado, aquel que no puede hacer otra cosa, no consigue catalogar, no es capaz de clasificar, no puede poner un sello, entonces lo ponen para atender al público. Los usuarios van a ser atendidos de una forma incorrecta. Y aún siendo atenta, casi nunca es competente. ¿Cómo recibe alguien que vende un producto? Esta persona tiene la necesidad de atender bien a su clientela, no atendiendo sólo a una demanda, sino procurando aumentar el deseo de comprar. Nuestro personal de biblioteca parece que le está haciendo un favor a las personas, cuando de hecho, está ejerciendo la actividad más noble del profesional: ser un intermediario esencial entre la información y su público.

Si es necesario crear necesidad de información, entonces mi trabajo de profesional no se restringe a las cuatro paredes de mi biblioteca, va mucho más allá, es un trabajo de información para un grupo, para un barrio, para una ciudad, siempre volcado hacia el desarrollo social y el bien de las personas.

Entonces tengo que interferir en la vida de la sociedad, tengo que actuar con ella, estar presente.

Yo recuerdo cuando implanté el sistema de bibliotecas públicas, en el estado de San Pablo. Queríamos colocar bibliotecarios recibidos para actuar en las pequeñas ciudades, y tal vez por los salarios bajos, aunque hubiéramos conseguido recursos para dar un sueldo que era el doble del habitual, no teníamos muchos profesionales. Y un día decidí buscar bibliotecarios en Minas Gerais, en Río de Janeiro, en Río Grande do Sul para trabajar en San Pablo. Llegó una bibliotecaria de Río y me llamó desde un teléfono público, casi llorando, diciéndome "¿qué voy a hacer en esta ciudad, en este pueblo?" (era una ciudad de 20 mil habitantes). "Tiene un desafío, cambiar este pueblo".

Y durante un período le acompañé muy de cerca en su trabajo. En primer lugar vio que la biblioteca que existía era una sala con unos libros, poco frecuentada. No tenía ningún significado especial para aquella colectividad. Entonces decidió presentarse a la comunidad. Fue de puerta a puerta, golpeando las manos y cuando la atendían decía: "soy la bibliotecaria que viene a trabajar aquí". Me dijo que nadie sabía lo que era eso. Y a cada persona al presentarse le explicaba lo que iba a hacer.

Después de eso decidió usar otro recurso: el altoparlante de la prefectura del Municipio. Andaba por la ciudad invitando para actividades que realizaba en la biblioteca. Salió de sus cuatro paredes y con un micrófono iba hablando a la población. Y cuando yo visité la biblioteca estaba totalmente desorganizada en términos bibliotecarios, pero estaba llena de personas. Ella dijo "pero imagínese si me voy a quedar aquí sólo catalogando y clasificando, no tendría a nadie". Después de 4 años decidió salir de la ciudad e ir a vivir a San Pablo. Fue muy difícil, porque la ciudad no permitía que esa bibliotecaria se fuera, incluso fue invitada para candidatearse a la prefectura.

Lo que ella hizo fue hablar con la comunidad. Pero los cursos de biblioteconomía no muestran con mucha claridad eso. Crear demanda, volver la biblioteca útil para el mayor número posible de personas es un desafío. Eso es una acción política del profesional.

Otro elemento fundamental para el profesional de la información es conocer el campo temático. Como dije al principio somos profesionales polivalentes que recibidos vamos a cualquier área, podemos ir para una biblioteca de química o podemos ir para una biblioteca pública. Si fuéramos a una biblioteca de química es fundamental conocer química porque vamos a trabajar con químicos, profesores, investigadores o estudiantes. Es fundamental que tengamos la posibilidad de entrar en ese universo semántico específico que es la química. En ese caso el público es homogéneo y la información monotemática.

Hay una particularidad que debe ser resaltada: cuando la información es monotemática y para un público homogéneo la intermediación del bibliotecario se vuelve progresivamente menor. Los investigadores al mismo tiempo que desarrollan sus investigaciones aprenden a moverse por el universo de la información, que hoy está esencialmente en Internet. Una vez estaba hablando con un compañero de la Universidad de San Pablo del área de bioquímica y me identifiqué como del Departamento de Biblioteconomía. Él me dijo ¿usted es de la profesión que está en extinción? Yo quedé sin saber qué responder y me dijo que había dejado de frecuentar la Biblioteca del Instituto de Química porque a partir de su escritorio obtenía toda la información vía Internet. Inclusive, el exceso de información que existe en la red mundial de computadoras, es más fácilmente manejable por alguien que tenga familiaridad con el campo temático.

Por lo tanto, al contrario de la práctica profesional de las últimas décadas del siglo XX, en el presente la actividad de información menos compleja es la dirigida hacia públicos homogéneos. La complejidad hoy está

en el área escolar y en el área pública. Ahí está el desafío. Si los bibliotecarios tienen algún problema de espacio profesional, él está situado en las áreas especializadas, nunca en el área pública.

¿Quién construye las políticas, inclusive las de información? Son esencialmente los políticos, aquellos que tienen la capacidad de transitar por las jerarquías y por el poder. Para que el bibliotecario construya políticas públicas de información debe transitar por los poderes constituidos –que no siempre es fácil para él.

Tenemos que transitar por las esferas políticas, para que nuestro discurso, nuestras posiciones, sean oídas y esencialmente sean acatadas, porque si no tenemos poder, si no tenemos lo que ofrecer, lo que intercambiar, no seremos oídos y mucho menos seremos acatados.

Yo siento que en diversos países, incluso en el mío, la idea de política de información se resume a información en los campos de la ciencia y la tecnología. La política nacional de información, no es necesariamente información en ciencia y tecnología. Política e información deben estar ligadas a los diversos campos donde los profesionales actúan. En Brasil, en el periodo en que tuvimos a los militares en el poder, hubo una política de desarrollo y se pensó que Brasil podría ser autónomo en ciencia y tecnología y nunca más depender de los países más desarrollados. A partir de ahí se creó una política de desarrollo en ciencia y tecnología que tuvo un correspondiente en la política de la información, esencialmente volcada a los campos científico y tecnológico. Una política de desarrollo tiene que estar basada esencialmente en la educación. Y es sobre una educación básica sólida que se construye una universidad competente. Es como si fuera una pirámide. Si esta base educativa es frágil no hay cómo mantener una política de ciencia y tecnología. Algunos países que tuvieron rápido y sólido desarrollo invirtieron masivamente su presupuesto en investigación básica, porque no es posible construir ciencia y tecnología sobre la ignorancia. Ese desarrollo en la base educativa implica, no sólo el apoyo a los profesores y los locales escolares, sino también a las bibliotecas y a quienes en ellas trabajan. Si nosotros hacemos una escuela sin buenas bibliotecas, el resultado será, probablemente, una mala escuela, que a su vez, será incapaz de alimentar la producción de ciencia y tecnología.

Entonces no existe una política de desarrollo sin que sea definida una política de información. Nosotros tenemos que estar ligados a las esferas de gobierno a las diversas áreas para decir y discutir y a veces pelear cuando se trata de definir políticas.

¿Cuál es la política de información para la educación en Uruguay? Necesitamos tener eso en las manos. ¿Está escrito en algún lugar?. Si no está tenemos que escribirlo. Si está escrito y no estamos de acuerdo, tenemos que discutirlo y preferentemente derribarlo.

Los bibliotecarios en línea general, en mi país por lo menos, son un poco tímidos y yo a veces no entiendo cómo existiendo la afrenta a nuestro trabajo permanecemos quietos, no nos organizamos. Tal vez es que nosotros no creemos en nuestro hacer profesional. O no tenemos la suficiente pasión. Muchas veces el atraso en que vivimos en el campo de la información, exige acciones más enérgicas. No basta sólo con presentar propuestas a los gobiernos y a los partidos políticos. Es preciso promover una movilización amplia de la opinión pública, esa que es a vox populi. La presión que viene de abajo muchas veces es suficiente para cambiar el rumbo de la sociedad. Dicen que la biblioteca no da votos. Pero la información sí da. Si la biblioteca fuera un instrumento de información, podrá entonces dar votos. ¿No se dice que información es poder?

Con frecuencia cuento una pequeña historia que leí en algún lugar, de un predicador que en la iglesia estaba con la Biblia en la mano predicando y citando los hechos de la Biblia. Y de pronto miró la plantea y había alguien durmiendo, él cerró la Biblia, se la tiró por la cabeza al que estaba durmiendo y le dijo así “si usted no quiere oír la palabra de Dios, siéntala”. Predicar para los que duermen, ciertamente no traerá beneficios. A veces es preciso un poco más.

Yo creo que tendría que ser así, nosotros tenemos que usar todos los recursos porque es nuestra responsabilidad decir al país cual debe ser la política de información. Los presidentes de la República, gobernadores, intendentes, necesariamente no entienden de bibliotecas. El conocimiento y la responsabilidad son nuestros. Pero, infelizmente, existen pocos bibliotecarios transitando por el poder. Me parece que somos una categoría profesional muy fragmentada, dispersa, con serios problemas de identidad. Parece que a nosotros se aplica una frase muy conocida en Brasil: “Cada uno por sí es Dios contra todos”.

En mi trayectoria profesional viví tres momentos: Cuando yo desee hacer biblioteconomía y entré en la facultad existían dos grandes partidos: el partido de los bibliotecarios y el de los documentalistas. Yo quedé muy afligido porque no sabía lo que era, tuve una crisis de identidad. A los 20 años de edad me preguntaba: ¿Qué soy yo? ¿Soy un bibliotecario o soy un documentalista? Ahí decidí hacer una investigación preguntándole a los propios protagonistas de esa tragedia, qué era ser uno y qué era ser lo otro; dónde empezaba el trabajo del bibliotecario y terminaba y dónde empezaba el del documentalista y dónde terminaba. En los congresos los dos campos promovían combates, batallas memorables. Ahí me di cuenta que eran todos bibliotecarios y que ser documentalista en aquel momento era una forma de insultar a los otros. La división representaba tentativas de establecer jerarquías de valores en el ámbito de la profesión. En esa época ser documentalista era ser superior al infeliz bibliotecario.

Permanecí años debatiéndome con eso y evidentemente terminé no tomando ningún partido, apenas soy un profesional de la información y a veces puedo tener cara de bibliotecario y a veces cara de documentalista. U otra cara cualquiera que el tiempo y el espacio pidan.

Más recientemente empecé a ser insultado porque decían: usted no es más que un bibliotecario, nosotros somos científicos de la información. Y empezó todo de nuevo, ahora con Ciencias de la Información. Y de la misma forma como procuré entender la Documentación, empecé a leer sobre Ciencia de la Información, la única ciencia que precisa decir que es ciencia. Y como imaginaba no encontré nada nuevo. Como ven soy uno, soy dos, soy tres o, simplemente, soy aquello que la sociedad pide de un profesional de la información. Recientemente me invitaron para un congreso donde sólo existían científicos de la información. Y yo fui a charlar con el organizador: ¿por qué yo en este congreso? Soy visto como un bibliotecario preocupado en las bibliotecas públicas y escolares, estas preocupaciones mínimas. No soy un científico de la información, soy apenas un profesional de la información preocupado por los analfabetos y los pobres. Tal vez si fuese un científico de la información tendría más prestigio que un bibliotecario. El hecho es que somos siempre los mismos. En ese congreso hablé para científicos de la información sobre sociología, antropología, historia, para entender la información a partir del público.

Cuando en aquella pequeña ciudad hicimos aquella biblioteca para tratar de descubrir porqué había pobres era una preocupación de 30 años atrás, pero con el nombre de "biblioteca" estábamos realizando un trabajo de información con las mismas preocupaciones de hoy.

Últimamente y con las propuestas de cambio curriculares, estamos llamando simplemente información que en espacios y en condiciones diferentes adquiere perfiles diferentes: información pública, información corporativa, información para la educación, etc. Nuestra área es la información y vamos a trabajar con información de acuerdo con el perfil del receptor, sea este un adolescente, un hombre de negocios o un científico. No creo que el profesional sea, apenas, un ser compulsivamente organizado o con facilidad para implantar el orden donde hay desorden. Antes que nada ese profesional siente el deseo de compartir información. Lo que yo siento en términos muy personales es que yo quiero que el otro sepa, quiero compartir información, esta vocación es de compartir, repartir la información.

Como dije, empecé como bibliotecario y terminé siendo identificado como científico de la información en una trayectoria de 30 años. Pero aunque la tecnología y la terminología han ido cambiando, permanece como base de la profesión la acción de crear puentes entre el conocimiento acumulado y la necesidad que se tiene de él. Cambiamos de nombre pero los desafíos siguen siendo los mismos, teniendo como objetivo el desarrollo humano. El profesional de la información es, esencialmente, una palanca de desarrollo humano. Últimamente estoy trabajando con la relación de desarrollo humano e información pública. La gran pregunta que se puede hacer es: ¿en qué medida un servicio de información puede alterar el Índice de Desarrollo Humano?

Otro punto fundamental, que raramente es mencionado, es la necesidad de conocer al público. La información debe ser diseñada específicamente para públicos que nosotros identificamos con claridad, es decir, necesitamos conocerlo muy bien. La biblioteconomía tradicional tiene un espacio muy grande para las técnicas y un espacio muy pequeño para el conocimiento del público. Yo nunca tuve una disciplina que estudiara al público. En algún momento estudié algo como "perfil del usuario". Usuario es quien usa, público es aquel que podría o debería usar, pero no usa. Los índices brasileros de acceso a la información en el sector público son catastróficos. Pocos, de hecho, usan las bibliotecas como centro de información para atender las necesidades cotidianas. Hoy cuando un ciudadano desea saber algo, ni siquiera piensa en bibliotecas. Tenemos una biblioteca en cada ciudad, cuando de hecho eso significa poco en términos de información para la sociedad.

Y un tercer principio que para mí es fundamental es la información para los que tienen menos, menos información. Información es igual a comida, bienestar, posibilidades de empleo, tranquilidad, en fin, información es igual a desarrollo humano. Y nosotros sabemos que los que tienen menos en términos de comida, de bienestar, son también los que tienen menos información.

Para que podamos tener una inserción mayor en la vida colectiva, es preciso actuar en todas las esferas del poder político. Permanecer ausentes, criticando al gobierno no producirá ningún beneficio.

Si no existe una política de información, o si la política no es correcta, no les vamos a poner la culpa a las autoridades, ellos no entienden nada de información. Quienes entienden de información somos nosotros, entonces lo que nosotros tenemos que hacer es demostrar eso, que nosotros entendemos. Y entonces asumir las responsabilidades y ocupar los lugares, antes que lo hagan quienes no están preparados para ello. El profesional de la información, en el ámbito público, tiene funciones amplias que pueden abarcar varias capas de la colectividad.

El profesional de la información, hoy en día, es polivalente, tiene que actuar en diversos campos. No basta catalogar, clasificar y crear servicios de información. Es necesario, también, trabajar con la comunicación, creando servicios que integran la información y la comunicación a la vida de la sociedad. Cuando menciono

la necesidad en términos profesionales polivalentes, recuerdo el episodio que narré en el libro "La casa de la invención".

Siempre dialogué con intendentes en el estado de San Pablo, procurando convencerlos de crear o mejorar las bibliotecas de sus municipios. Un día llegó un intendente y me dijo: "Usted está aquí dando recursos para contratar una bibliotecaria, yo no quiero contratar una bibliotecaria y usted me está obligando a hacerlo, porque usted sólo tiene recursos para contratar una bibliotecaria. Mi ciudad no precisa bibliotecaria. Y yo le dije: "Intendente es un convenio que se está estableciendo entre el Estado y la ciudad para colocar recursos para que la ciudad contrate una bibliotecaria".

Él quería un director de banda (de música). Y me dijo "con ese dinero puedo dividir y contratar una bibliotecaria y un maestro de música". Le dije que sería imposible. Entonces él me contestó: "Voy a contratar una bibliotecaria, pero usted me tiene que conseguir una bibliotecaria que pueda dirigir la banda". Es una metáfora, donde "banda" está en lugar de "otros intereses de la colectividad".

Estos son infinitos, se multiplican y exigen del profesional de la información múltiples tareas. En cada momento ese profesional tiene un nuevo desafío. Basta una noticia en la TV para alterar las acciones que se pueden desarrollar en la biblioteca.

Hay un libro mío que se llama "Ordenar para desordenar". Lo que yo quise decir es: ordenar la información para desordenar el pensamiento. Nosotros tenemos una sociedad que se organiza para ordenar el pensamiento. Los medios de comunicación ordenan, la religión ordena, la escuela ordena, la familia ordena. Entonces hay un complot de orden aquí. Necesitamos algo que desordene, algo que pueda conflictuar. Ese es el trabajo del profesional de la información. Es una paradoja pero el bibliotecario es un profesional del desorden del pensamiento. No le cabe distribuir paquetes cerrados de información, y sí abrir las posibilidades de los conflictos que permiten a las personas pensar con cabeza propia.

Estaba buscando una bibliotecaria actriz. ¿Existe alguna acá. ? Pero, por favor, que lea este texto que sintetiza mis convicciones al respecto del trabajo del profesional de la información.

[Lectura]

Una cuestión fundamental para los que se dedican al campo de la cultura es saber cómo la población tiene acceso a los bienes culturales, al conocimiento. Una parte significativa de ella es analfabeta. Y otra parte aún mayor, semianalfabeta. El sistema de enseñanza es reconocidamente frágil. Si en décadas pasadas la escuela era el espacio casi único de acceso al saber, hoy es una institución que intenta implementar en las metas y en los corazones un retazo del conocimiento llamado curriculum.

La reproducción de las materias es la única condición de acceso al diploma. Los escolares deben saber bien, aunque no es eso lo que ocurre, lo que ya fue circunscripto por el programa de enseñanza, lo que está dentro del currículo lo puso alguien que entendió que aquello era necesario para la formación del hombre ¿lo es?. En la escuela hay un profesor, pero no hay un libro ni necesidad de él. La escuela, notoriamente, en los países más pobres todavía está asentada en el discurso único del maestro, que poco lee. Como ese discurso debe ser reproducido para que el alumno sea aprobado no hay razón para que se construyan otros. En la escuela, esta exclusiva la diversidad, el alumno que diverge e inventa corre el riesgo de ser reprobado. Al fijarse atentamente en la escuela se ve que en la práctica los libros múltiples discursos, aturden más de lo que ayudan. Sin embargo hay otra escuela de gran alcance: los medios de comunicación, radio y televisión, funcionan como un aula permanente para millones de alumnos atentos. Los noticieros, las novelas, los programas de auditorio son un entrelazado sistema de enseñanza, muy bien engendrado, que dejan poco margen para las dudas. El hombre que tiene en la TV su única fuente de información no piensa con su propia cabeza y no tiene dudas.

Una escuela frágil y una televisión fuerte generan un hombre con la cabeza en la luna y los pies en el barro. La luna del mundo encantado de los medios que es el mundo del otro y nunca el suyo propio y el barro de su realidad que él no consigue transformar, porque no consigue verla y si consigue verla no sabe cómo salir de ella. Ahí se configura el problema fundamental: un saber empaquetado, predefinido o en suma, ignorancia. Al latinoamericano que nace hoy, poco se le garantiza. ¿Tendrá el derecho de dominar las letras? ¿será alfabetizado? ¿En qué medida tendrá acceso al conocimiento de su tiempo? Valorando el número de los analfabetos, de los semianalfabetos y de todos aquellos que no consiguen sobrepasar el mundo de los medios que se les da sus oportunidades de tener autonomía para pensar son reducidas.

El siglo de la información, paradójicamente produce desinformados. En sociedades más desarrolladas los individuos encuentran posibilidades mayores de acceso al conocimiento un sistema de enseñanza más consistente y el acceso a los bienes culturales colocados a su disposición por los servicios públicos de información.

No se hace referencia aquí únicamente a los vastos contingentes poblacionales que no tienen acceso a la comida y mueren diariamente de hambre y de ignorancia. Tómese como ejemplo al niño de clase media

vestido y razonablemente alimentado. Él está en la escuela y no se siente a gusto. El índice de evasión es grande, tanto como el de reprobación. Asiste a las clases, hace las tareas e investiga, lee obligatoriamente, por gusto casi nunca porque no le gusta. No necesita del libro sino de intermediarios entre él y el lector.

Los profesores disertan de clase en clase y escapan rápidamente al segundo o tercer empleo, porque uno solo es insuficiente para sobrevivir. Ese niño está más adiestrado en la aprobación que educado.

La información la obtiene en la televisión sorbiendo lentamente con placer. Los programas gubernamentales ni de lejos garantizan como un derecho humano el acceso al conocimiento.

La población es más ignorante que pobre. Y es pobre porque es ignorante. La mayoría no tiene cómo escapar de este trillo ni conjetura sobre la existencia de otra posibilidad, simplemente prosigue. Así el hombre común pasa al margen de las dudas y de la necesidad de conocer. El nunca leyó a García Márquez, a Cervantes, qué diferencia habría si leyese, nunca oyó a Mozart. ¿Mozart llena la barriga?. No tiene la menor idea de la obra de Fellini, ¿y qué?. Lorca, Ibsen, Matisse, Pascal, Miguel Ángel, Galileo Galilei, Da Vinci, Einstein, Eso que en una perspectiva se ve como un patrimonio cultural de la humanidad, lo que civiliza al hombre, es para que ese hombre ciudadano, algo inaccesible que está distante y que no tiene relación con su vida. Tal vez aleguen que al pueblo no le gusta eso que se acordó denominar genéricamente cultura. Ese es un alegato de lo más perverso, pues lo desconocido puede valorarse. Es como dicen que siendo la población ignorante se le deben suministrar productos de baja calidad, comprensibles, esa es la mejor forma de perpetuar la ignorancia. ¿Qué pierde un hombre si muere sin conocer a Mozart? Sólo quien conoce a Mozart puede responder. Porqué no la cultura a tiempo completo, y no apenas como un evento, sino como un servicio permanente. Para avanzar en esa dirección es preciso enfrentar un gran problema la organización es difícil y poco visible. Si no existen bibliotecas tradicionales bien organizadas cómo pensar en esa acción cultural. Pero no hay otro camino para estimular el gusto por la lectura que enfrentar la ignorancia con el juego de la duda, el impacto del conflicto, el placer por la búsqueda, la autonomía para pensar y crear las propias soluciones. Mozart para todos.

¹ Profesor de la Universidad de San Pablo / Escuela de Comunicaciones y Artes. Autor de "Ordenar para Desordenar" y "La Casa de la Invención".